

En torno a la persona del académico Augusto Vivaldi Cichero

Arnoldo Pacheco Silva*

1. Sus rasgos personales.

La persona de Augusto Vivaldi fue señera, preñada de inquietudes, abierta a la innovación, carismática, de inteligencia rápida e incisiva, creativa, de proyectos, y de imaginación viva y penetrante.

Su figura amable llenaba los espacios de convivencia, sabía ser un buen anfitrión; su conversación aguda, chispeante, a veces mordaz, era requerida por su gran capacidad de entretención e ingenio. Las veladas académicas y la convivencia habitual en el Departamento de Historia tenían el genio y la impronta Vivaldiana. Su amenidad, chanza, irreverencia, estaban acompañadas por una risa espontánea, ojos chispeantes, que sabían acortar distancias humanas.

Crítico por antonomasia. Crítico constante, de personas, de instituciones, de obras históricas. Crítico punzante, a veces temido. Aguijón intelectual. Como si los dioses le hubiesen entregado en custodia ese oficio para cumplirlo a cabalidad. Sabía reconocer y desgajar lo vital de lo secundario; lo profundo de lo accesorio; lo inteligente de las notas balbuceadas sin talento.

Tenía el don de aglutinar, vincular, incluir a sus pares en una presencia de equipo, en redes de compromiso y trabajo; sin embargo no estaba exento de las contradicciones que se producen en las relaciones humanas cuando surgen en forma natural las espontáneas discrepancias.

En su persona se entrecruzaba la red social de informaciones sobre la ciudad, la vida política y universitaria; de allí la novedad constante de su conversación apuntada a conformar opinión sobre la gestión y eficiencia de las respectivas autoridades. En él parecía producirse la síntesis entre historiador y periodista. Tenía una intranquila perspicacia psicológica, consistente en escudriñar los acontecimientos que se acercaban, ordenarlos, descifrarlos y comprender la línea del futuro que se avizoraba en su horizonte.

Sentía admiración por la coherencia de las personas, por su capacidad de lealtad; le agradaba constatarlo y vivirlo en la amistad personal como una gratificación de bienestar y seguridad.

Entre sus facetas muy originales resaltaba su capacidad de responder con prontitud a la variedad de favores que en el mundo académico le solicitaban; al

Profesor de Historia de América del Departamento de Ciencias Históricas y Sociales de la Universidad de Concepción.

mismo tiempo era oportuno y deferente en agradecerlos cuando los recibía. Era generoso y agradecido, cualidades que las vivía con naturalidad y facilidad en el ámbito social universitario. Siempre comentaba que nosotros como pueblo no habíamos desarrollado la cultura del agradecimiento, recordando entonces una conocida frase que muchos mandatarios han hecho referencia en nuestra historia: «el pago de Chile». Así, refrendaba una identidad psicológica de la manera de ser del chileno.

Su vida personal se sustentaba en dos cariños fundamentales: su madre y la familia. En el período que ocurrió la muerte de su madre, se marcaba una etapa decisiva en su vida, porque por encima del hombre racionalmente estructurado, analítico y crítico, comenzaba a emerger, con más fuerza, el hombre emotivo y de sentimientos. Parecía entonces que el hombre absoluto de la razón había dado paso al otro Vivaldi, emotivo, cariñoso, menos ácido, morigerado en sus animadversiones personales y en los juicios peyorativos.

Junto al recuerdo de su madre que siempre lo acompañaba, estaban los vínculos indelebles de su familia. Los comentarios admirativos por el quehacer intelectual de su hermano y sobrinos; la preocupación y la presencia de las mujeres en su vida cotidiana, su hermana, su prima, y sobrinas, todas ellas asomaban con regularidad en sus conversaciones. Había un orgullo de pertenecer al clan familiar; allí se sentía querido, acogido, y considerado la figura venerable que recordaba toda la historia de sus ancestros.

Para comprender su figura hay que relacionarlo con el otoño de Concepción. Gustaba, con cierto asombro, del cambio de estación que traía un verdadero impresionismo de colores en el paisaje del campo. Para él la llegada del otoño otorgaba una vida multicolor a las pocas avenidas penquistas, al cerro Caracol y a la plaza; conjunto urbano que admiraba con cariño.

De allí, al campo, los árboles, las flores, los arbustos, que en su conjunto constituían una verdadera pasión en su vida. Recorría las regiones, los diferentes viveros, trayendo árboles que iban adornando y significando variedad y hermosura a su parque en «Casa Larga».

El campo, la vida urbana, la universidad, formaban una trilogía en la constitución de su personalidad. Sentía a Concepción; sufría por la ciudad que había albergado a sus padres migrantes. Tenía nostalgia por la ciudad antigua y por la casa de sus padres. Como habitante nacido en Concepción, sintiendo su pasado, su concepción de vecino era muy fina y valorativa, entendiendo al penquista como al hombre identificado con su historia y el futuro de la ciudad. Parecía que los siglos de historia penquista de alguna forma personal se habrían integrado a su ser. De tal forma que cuando exponía sus conferencias sobre Concepción, lo hacía con propiedad, en forma vivencial, con pertenencia, con trascendencia, visualizando más allá de los intereses pequeños cuáles podrían ser las mejores soluciones para la

ciudad de su niñez.

El tiempo fue su amigo de sabiduría. Trabajó sus aristas, esculpió con mayor profundidad sus cualidades, acimentó su experiencia, se dejó trabajar con humildad, su humanismo se purificó. Parecía buscar en las profundidades el sentido de la vida. El poder, el éxito, estaban muy lejos de su espíritu. Por ello su persona se hizo más cercana, más sencilla y por ende más sabia.

2. Personalidad Académica.

2.1. Académico de proyectos

El haber sido fundador del Departamento de Historia -Agosto de 1957- se constituyó en uno de sus méritos más reconocidos. Era el primer centro de estudios existente en esa especialidad para el sur del país.

Logro alcanzado porque en él se cernía una perspectiva relacional entre academia y el desafío constante de la realidad. Interacción entre mundo y actividad universitaria, era una síntesis personal que le permitía accionar promisoriamente e intuir hacia donde debía concentrar los esfuerzos futuros. Contratar profesores y dirigirlos. Comprar los primeros libros de la especialidad y procurar su incesante renovación, parecieron constituir los ejes que lo compulsaban en sus esfuerzos dirigidos al desarrollo del Departamento. Sintió la unidad académica como su propio hijo, como su criatura que cobraba vida y se desenvolvía con las contradicciones relacionales de sus pares, y que él como fundador sufría y vivía en cada circunstancia. De allí una permanente inquietud por pensar y discutir los caminos futuros de la unidad académica mediante proyectos de desarrollo. Con el transcurrir de los años, siempre su palabra era esperada y requerida, siempre su opinión era necesaria para poder discernir en el diálogo comunitario cuáles eran los caminos más convenientes para el Departamento.

Premunida la disciplina de Historia, en sus primeros años, de una biblioteca básica, requería de los instrumentos fundamentales para enfrentar las tareas de investigación, así nació su gestión de crear el Archivo Histórico Regional que ponía a disposición de los investigadores regionales materias clasificadas temáticamente y por orden alfabético de todas las fuentes regionales de documentación existentes en el Archivo Nacional.

Con la connotación de fundador del Departamento, don Augusto iba a sobrevivir a todas las contingencias y roces muy propios de una institución que evoluciona con distintas opiniones y personalidades. Así lo comprendieron los últimos directores de unidad, que advirtieron en él sólo el peso de la experiencia, la opinión oportuna y esclarecedora, ofreciendo alternativas cuando ya se había olvidado del sentido del poder.

2.2. Quehacer académico.

Don Augusto, asumió la vida académica como pertenencia personal, construyendo allí su identidad como persona. La Historia como realidad y disciplina, fue la pasión de su existencia. Dedicado al estudio y elaboración del conocimiento histórico fue desplegando su fina sensibilidad, su inteligencia, la fuerza de su creatividad y la razón misma de su existencia. Encarnó el oficio de historiador con señorío, comprendiendo que allí, en el acontecer humano en el tiempo se iba esclareciendo el misterio de la vida del hombre.

En recorrer cada intersticio del proceso histórico por donde penetraba el fenómeno humano de la conciencia de la razón y de la libertad del hombre, no concedió tiempo al descanso, sólo al ocio creador, para vivir el oficio infatigablemente, lanzado a una renovación del conocimiento a través de la búsqueda insaciable de nuevas perspectivas de análisis históricos; siempre cerca de la verdad, preocupado por ella pero nunca instalado en su posesión, era así consciente de su fragilidad humana para querer esgrimir su parte de verdad como la verdad.

El objeto de sus estudios fue Concepción como ciudad y región. Cumplió el rol de ensayista-investigador; facilitada su labor por su peculiar intuición histórica desde la cual elaboraba sus hipótesis que trataba de sostener o modificar con los documentos recolectados.

Sus ensayos concisos eran bocetos de procesos históricos, delineamientos explicativos o por el contrario finas y agudas descripciones de un período. Sus artículos sobre la creación de la Universidad, el origen de la actividad carbonífera en Coronel, O'Higgins, Lautaro, Valdivia, etc. son temáticas que abordaba constantemente.

Sus ensayos históricos se extendieron a la prensa, transformándose en colaborador frecuente del diario «El Sur», desde cuya columna realizaba una asidua difusión histórica, sobre la ciudad y región de Concepción.

Las temáticas de sus ensayos se desbordaban hacia los problemas regionales, ya sea en sus problemas de desarrollo como en las decisiones de las autoridades. Era entonces cuando asomaba la crítica, la ironía y sutileza para desnudar los problemas que podían quedar al descubierto o encubierto por la incapacidad burocrática.

En docencia, supo ser carismático con sus alumnos. Ellos no quedaban indiferentes al tratamiento de las materias. Sus preguntas incisivas, el planteamiento constante de problemas a resolver, la historia tratada como problema, la crítica mordaz, la irreverencia, la abrumadora cantidad bibliográfica que se debía consultar, la exigencia de un vocabulario preciso, la amenidad de las clases, los requerimientos de un lenguaje racional y coherente, eran entre otras las variadas características de una clase del profesor Vivaldi.

Su creatividad traspasaba la cotidianidad del aula. Tenía la preocupación por instar a los alumnos a tesis imaginativas; con sus colegas a plantearles sugerencias y críticas a sus proyectos de investigación, a evaluar sus producciones históricas, e indicar algunas modificaciones, que muchas veces eran acogidas por su pertinencia. En el Departamento dejó dos ideas para ser implementadas en el currículum: el trabajo personal de los alumnos, reconocida en preseminarios y seminarios, y el ordenamiento de los programas en el análisis de temáticas, antes que la sucesión cronológica.

Su docencia fue extensa e intensiva. Como especialista abarcó varias cátedras: América Precolombina, América Colonial, Historia de Chile y América Contemporánea.

Su especialidad la fue construyendo desde cada país que visitó en Latinoamérica, trayendo en su ser la cultura de los pueblos y la sabiduría que emanaba de sus concreciones culturales, captadas todas ellas con penetrante avidez intelectual y humana.

Los viajes, las conversaciones, las lecturas, el estudio, lo convirtieron en el especialista de América Contemporánea, seguramente, el más preparado entre sus pares, apoyado en su biblioteca personal compuesta por un cuantioso material bibliográfico y de autores de reconocida relevancia en la materia.

3. Académico de la Universidad y por la Universidad.

Un rasgo que lo identificaba en plenitud era su fuerza vital para analizar, comprender y enfrentar los desafíos cambiantes de la sociedad. Era ese el contexto en que ubicaba, sentía y pensaba la Universidad.

Era de aquellos que no se sentían funcionarios, sino más bien universitarios, capaz de mirar el mundo desde la trascendencia del conocimiento universal. Universidad, política, economía, cultura, estado, nación, ciencia eran algunas de las categorías de interés en su inquietud universitaria.

Le preocupaba el angostamiento intelectual que se producía con la exclusiva y unilateral mirada profesionalizante con que muchos asumían la Universidad. Le preocupaban los métodos de enseñanza, la actualización de los contenidos, necesaria mediante una continua renovación bibliográfica; advertía - según su percepción - que había un declinar en la docencia universitaria.

Le preocupaba la solvencia académica de los docentes; la dedicación que cada uno le concedía a la Universidad para mejorar la docencia y la investigación. Detestaba la mediocridad y la incuria intelectual. Entendía la Universidad como una exigencia permanente de vida, de entrega y de honestidad en todo su quehacer. Su existencia fue una dedicación a la vida universitaria, al conocimiento, a la enseñanza,

a la difusión, al ensayo histórico, sin claudicaciones, como una vocación muy propia de todo su ser.

En el período que la Universidad se encontraba intervenida durante el régimen militar, él aportó con su nombre y prestigio acudiendo a gestionar la creación de una Asociación Gremial de Académicos que procuraba hacer efectivo el lema «Por el desarrollo libre del espíritu». No trepidó en esos años asociarse con sus colegas que comprendían que los tiempos exigían esfuerzos heroicos.

Su calidad de universitario no sólo se evidenció entonces, sino que a través de innumerables conversaciones y reuniones le seguía inquietando el destino de la Universidad constreñida por esta cultura neoliberal, fue entonces cuando muchas de sus conversaciones concluían con una frase que nos desafiaba: «no nos preguntemos ¿qué puede hacer la Universidad por nosotros?, sino que la pregunta fundamental es, ¿qué podemos hacer nosotros por la Universidad?, éste es el sentido ético del ser universitarios». Palabras expresadas con la fuerza de la convicción que nacía de su alma universitaria, de la sabiduría de la experiencia histórica, para concluir que las instituciones necesitan un fuerte fundamento ético para poder realmente existir.